

El Eco de Cartagena.

AÑO XXX.—NUM. 8648

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONO NÚM. 58

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—**Provincias**, tres meses, 7'50 id.—**Extranjero**, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Camartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24.

Lunes 25 de Agosto de 1890.

NAVARRO

19, ISAAC PERAL, 10.

Gran surtido de relojes de bolsillo de oro, plata, níquel y acero. Variedad de los de mesa, pared y despertadores. Excelente taller de composturas. Cadenas, colgantes y diges.



EXACTITUD Y ECONOMIA.

LA SEMANA ANTERIOR.

El sol no ha querido favorecernos durante los últimos días de la semana pasada.

En cambio los vientos huracanados han rido con nosotros.

Y váyase esto por aquello!

De esta suerte, más bien que en Agosto parece como que hemos estado bajo la influencia del estado atmosférico de Marzo.

No voy a ustedes a creer por esto que yo he tenido necesidad de apelar a la capa, no; con mi americana de hilo crudo—que apina a imitar a la seda aunque creo que no lo consigue—apenas si he tenido frie.

Sin embargo del viento fresco, hemos estado sudando, sudando a más y mejor.

Ya lo creo.

En el kiosko donde los Californios establecieron su rifa se ha sudado mucho.

Lo mismo el que fue favorecido por la suerte, en forma de muñeco vestido de arlequín, como el que extrajo del bombillo una papelita blanca, han sudado el kilo.

Ambos de emoción; cada uno por su estilo.

El primero piensa acto continuo de abarcar con su mano la diminuta cintura del muñeco, cual será la sorpresa agradable de su prometida al recibirlo como prueba de cariño.

El segundo recuerda que le ofreció a su novia llevarle algo de la rifa, y que no lo consiguió, porque en su bolsillo no quedaba ya el para haber cantado a un ciego.

Las rifas para los enamorados son detestables.

Tanto como las chicas que se dedican a vender flores.

Esas más que aquellas, por que comprometen.

Es imposible ustedes si es compromiso para un joven tener que gastar una peseta en nardos, cuando no la lleva encima... ni debajo.

Sin duda previendo estos casos, se admite, aunque de cierto modo, que el chaleco pueda suprimirse.

No llevándole, está justificada medianamente la falta del portamonedas.

Esa moda debe ser inglesa, pues es sabido lo que aguzan el ingenio los ingleses.

Por desgracia para ellas, hay muchas gentes aprensivas.

Y yo entiendo que para bien de todos, estas debieran reunirse en un pueblo dater-

miado, que podría llamarse, verbi gratia, «Mucho miedo.»

Al número de los que poblarían esa villa pertenece D. Lesmes, un pobre sordo mudo que desde que se empezó a hablar del cólera yo no sé como no ha reventado.

No piensa más que en eso, ni trata de otra cosa, ni lee nada que no se relacione con la epidemia.

Los dos casos sospechosos habidos en esta población, le han vuelto medio loco.

Era preciso verle de aquí para allá olfateando por averiguarlo todo y empaparse bien de la verdad del asunto.

Felizmente las sospechas de ambos casos fueron infundadas y la salud en Cartagena, hoy por hoy, es excelente.

De no ser así, D. Lesmes no viviera a estas fechas.

La aprensión es la peor de las enfermedades.

Todo el que es aprensivo se pasa la vida cavilando, y de ahí resulta que a lo mejor se mueren, de aliacán.

Ni con camarón pesca la empresa del Circo al público en la presente temporada.

Cuidado que el cartel se varia diariamente, pero nada, ni por esas.

Cuando apareció anunciando para la otra noche el estreno de *El buque submarino* supuse que acudiría gran concurrencia, pero me equivoqué.

Por supuesto, según luego me han contactado, el tal *Buque* no pasa de ser un mal *falucho tripulado* por gente poco conocedora de lo que llevaba entre manos.

Así que los pocos concurrentes que asistieron al estreno no quedaron satisfechos del *invento*, toda vez que vieron naufragar completamente al dichoso *Buque*.

J.

JACK EL DESTRIPIADOR

Desaparición misteriosa del asesino de Whitechapel.

Todo el mundo recordará los crímenes cometidos en Londres por un asesino incógnito y bautizado por los periódicos ingleses con el sobrenombre de «Jack el Destripador.»

La audacia y el cinismo de aquel miserable inspiraron durante algunos meses un verdadero terror a toda la población femenina de Whitechapel.

Las suposiciones más locas y las hipótesis más inverosímiles se pusieron en circulación por los diarios de aquel país, que, a pesar de sus minuciosas investigaciones, no consiguieron, como tampoco lo consiguió la policía, establecer la identidad del asesino.

Unas veces se decía que era un maniaco que con un objeto no bien definido se dedicaba a odiosas operaciones quirúrgicas, otras veces se aseguraba que era un sátiro que saciaba sus monstruosas pasiones en las mujeres públicas que abundan en aquel barrio.

El caso era, en resumidas cuentas, que la policía andaba con un palmo de lengua fuera, y que sus pesquisas eran inútiles.

Entretanto, los crímenes se perpetraban en fechas indicadas de antemano por el misterioso Jack.

Con frecuencia anunciaba por medio de los periódicos que tal noche se encontraría, en determinada calle, una mujer destripada.

Cierto día desapareció Jack. Nadie sabía aun a qué atribuir aquella súbita desaparición, si la casualidad no hubiera dado a conocer recientemente el desenlace de tan trágica aventura.

El año pasado, la compañía de uno de los principales teatros de París fue a Londres para dar una serie de representaciones.

Apenas se instalaron en un cuartito de Arundell square los artistas Adrien B... y Georges C... organizaron sesiones de espiritismo para emplear sus ratos de ocio.

Georges, que desde mucho tiempo antes estaba iniciado en los secretos de aquella doctrina, evocaba los espíritus.

Adrien, menos convencido, asistía más bien como curioso al pasatiempo favorito de su amigo, que hablaba casi todas las noches con un mandarín llamado Aud-Ju, que fue guillotinado en París en 1793.

Una mañana Georges, que sabía inglés, leyó con indignación en el «Times» una carta de Jack el Destripador que anunciaba un nuevo asesinato para el jueves de la semana siguiente.

Aquella carta iba dirigida al director de la policía de Londres.

Como es natural, el temible asesino fue el objeto de la conversación de los dos jóvenes, que se preguntaban cómo podían permanecer impunes tales crímenes, y a quienes asombraba la impotencia de la policía.

Todavía estaban hablando de Jack cuando llegó la hora de comenzar su sesión.

Aud-Ju fue evocado, y reanudó la conversación en el punto en que la dejó la víspera cuando de repente Georges, preocupado con la carta del «Times» le preguntó si podría revelar el sitio en que se encontraba el asesino.

Sin vacilar respondió el espíritu: «Whitechapel... calle de Betsy... carnicero y tendero de comestibles.»

La precisión de la respuesta aterró a Adrien, que se sintió acometido de un temblor nervioso y cayó desmayado en un sillón.

Georges, con los ojos extraviados y presa de una especie de embrutecimiento cataleptico, miraba a su amigo sin pronunciar una palabra.

Sin embargo, pudieron rehacerse, y a la mañana siguiente Georges participó a Adrien el proyecto que había concebido durante la noche.

Se trataba nada menos que de ir a contar al director de policía la escena de la víspera.

La discusión entre los dos amigos fue muy larga.

—Si nos reciben, lo que temo mucho no suceda—decía Adrien—nos van a calificar de locos.

No obstante, insistió Georges, de tal manera, que acabó por decidir a su compañero.

Momentos después de todo esto tomaban un «cab» y decían que los llevara a Scotland-Yard.

El director de policía, que los había aplaudido muchas veces, los recibió con la mayor amabilidad y les preguntó el motivo de su visita.

Al oír el nombre de Jack el Destripador, su cara, hasta entonces risueña, se nubló como la de un hombre a quien se

habla de una cosa que le desagrada en extremo.

Sin aparentar que advertía esta circunstancia, Georges empezó resueltamente su relato.

Cuando el citado director oyó hablar de Aud-Ju, creyendo que se trataba de una broma, se desenfadó de nuevo, y al acabar el joven cómico, le respondió con una sonrisa:

—Os agradezco la atención; pero hay un pequeño detalle que quita el valor a vuestros informes; pues la calle de Betsy no existe en Chapel.

—¿Estáis seguro?

—Segurísimo. El mandarín se ha equivocado, y ahora vais a convenceros.

El director se levantó, llamó a un timbre, y dirigiéndose al criado que entró:

—Decid a Mr. Wardle que haga el favor de venir. Es un agente—dijo a Georges—un agente que conoce en su menores resquicios el barrio de que hablamos. En seguida vais a saber a qué ateneros. Preguntadle vosotros mismos—añadió, señalando al agente que se hallaba plantado en el umbral con el mayor respeto.

—Quisiéramos saber—preguntó el joven en inglés—si hay en Whitechapel una calle llamada de Betsy. El señor director dice que no; yo sostengo lo contrario.

—Los dos tenéis razón, señores.

—¿Que decis? preguntó el director.

Vuecencia tiene razón—repuso Mr. Wardle—porque no existe ninguna calle oficialmente llamada así. Pero el caballero no está equivocado, porque yo conozco una callejuela que los habitantes del barrio han bautizado de ese modo en recuerdo de una vieja borracha que vive en ella hace cuatro años.

Los tres hombres se quedaron estupefactos.

Después de despedir al agente, el director dijo a los cómicos:

—Confieso que es una coincidencia rara.

—Y yo juraría—replicó Georges—que en esa calle de Betsy encontraremos una tienda de carnicería y de comestibles.

—Voy a convencerme enviando inmediatamente un «detective.»

—¿Nos permitís que le acompañemos?

—Con mucho gusto, y creed que aun cuando no abrigo confianza en el resultado de esta diligencia os agradezco en gran manera la comunicación que me habeis hecho.

Mr. Wardle, seguido de Georges y de Adrien, alquiló un coche, que los llevó a la entrada de Whitechapel, donde bajaron todos internándose en aquel innoble barrio.

Al poco tiempo se detuvo el agente en una callejuela muy estrecha que apenas tenía cinco ó seis casas en tal estado de ruina que los habitantes vivían y dormían en ellas al aire libre.

Algunos, los más industriosos, habían construido con restos de aquellas ruinas chozas, en las cuales acampaban, parecidas a las que hacen los naufragos con los restos de un buque.

Siguiendo los consejos que el agente les había dado en el camino, Adrien y Georges fingían pasearse como curiosos en medio de aquellos infelices que, lejos de temer las visitas, las miraban atentamente.

—Si encontramos la carnicería y si el hombre está en ella, volvedme para detenerle hoy mismo?—preguntó Georges en voz baja.

—Sin pruebas, sin órdenes, imposible.

—¿Olvidáis que está anunciado un nuevo asesinato para el jueves?

El agente se sonrió de una manera indefinible y repuso: